

reyes, y asesino y verdugo en la del pueblo, puesto á la cabeza de una banda de veinte ó treinta hombres, dirigió y ejecutó el degüello de noventa y dos sacerdotes en el seminario de San Fermin. Los satélites de Henriot, persiguiendo á los sacerdotes en los corredores y en las celdas, los arrojaban vivos por las ventanas sobre un rastrillo de picas y bayonetas, que los atravesaban en su caída. Algunas mujeres á quienes los degolladores dejaban este placer, los acababan á palos, arrastrándolos por los arroyos. Lo mismo sucedió en el claustro de los Bernardinos.

Pero ya las víctimas faltaban en Paris á la sed de sangre que habian encendido aquellas noventa y dos horas de carnicería; las cárceles estaban vacías, y Henriot y los ejecutores de estas maldades, en número de más de doscientos, reforzados por los malhechores que habian reclutado en las cárceles, se trasladaron á Bicetre con siete cañones que el ayuntamiento les dejó impunemente llevar.

Es Bicetre una vasta cloaca donde se reúne todo el vicio del reino para purificar la población de locos, mendigos y criminales incorregibles, que contenia entonces unos tres mil quinientos presos. Su sangre no tenia color político, pero pura ó impura, al fin era sangre. Los degolladores forzaron las puertas de Bicetre, derribaron los calabozos á cañonazos, arrancaron los presos é hicieron una carnicería que duró cinco dias con sus noches. El agua, el hierro y el fuego sirvieron para exterminar á sus moradores.

Los unos fueron inundados ó ahogados en los subterráneos en donde habian buscado un asilo, los otros despedazados á sablazos, y el resto ametrallado en los patios. Culpables ó inocentes, enfermos ó sanos, vagabundos ó indigentes, todos, hasta los insensatos á quienes esta casa servia de hospicio, fueron inmolados sin distincion. El mayordomo, los capellanes, los conserjes, y hasta los escribientes de la administracion, fueron comprendidos en la matanza general. En vano el ayuntamiento envió allí varios comisionados, en vano el mismo Petion fué á arengar á los asesinos; éstos apenas suspendieron su obra para escuchar las amonestaciones del corregidor. A palabras sin fuerza el pueblo no presta sino un respeto sin obediencia. Los degolladores no se detuvieron sino delante del vacío. Al otro dia, la misma banda de cerca de doscientos hombres, armados de fusiles, picas, hachas y garrotes, invadió el hospital de la Salitrería, que no encerraba más que mujeres perdidas; sitio de correccion para las viejas, de curacion para las jóvenes, y de asilo para las que tocaban aún á la infancia. Despues de haber asesinado á treinta y cinco mujeres de las de mayor edad, forzaron los dormitorios de las otras, obligándoles á saciar su brutalidad, degollando á las que se resistian, y se llevaron en triunfo con ellos niñas de diez á doce años, presa inmundada de la relajacion adquirida con la sangre.

IX

Mientras que estas procripciones consternaban á Paris, la Asamblea enviaba inútilmente sus comisionados para arengar al pueblo á las puertas de las cárceles. Los degolladores no suspendian su trabajo ni aún para oír aquellos discursos oficiales. Las palabras de justicia y de humanidad no encontraban eco en el corazón de aquellas fieras ebrias de aguardiente y de sangre. En vano el ministro del Interior, Roland, llorando por su impotencia, escribió á Santerre que desplegase la fuerza para proteger la seguridad de las cárceles. Santerre no compareció hasta el

tercer dia, para pedir al Consejo general del ayuntamiento una autorizacion para reprimir á los malvados, peligrosos ya hasta para los mismos que los habian soltado contra sus enemigos. Los matadores fueron insolentemente á intimar á la municipalidad que les pagase sus asesinatos. Tallien y sus colegas no osaron rehusarles el premio de estos dias de trabajo, y pusieron en los registros del ayuntamiento de Paris aquellos jornales, apenas disfrazada la causa de ellos bajo títulos y pretextos especiosos. A Santerre y á sus destacamentos no les costó poco trabajo el enviar á sus guaridas á aquellas hordas, cebadas ya en la carnicería. Estos hombres, nutridos de crímenes por espacio de siete dias, henchidos de vino en el que mezclaban pólvora, y embriagados con el tufo de la sangre, estaban exaltados



Abnegacion filial de la señorita de Sombreuil.—Pág. 62.

hasta un estado de demencia física que les hacía incapaces de reposo. La calentura del exterminio se habia apoderado de ellos, no sirviendo ya sino para hacer muertes. Desde que les faltó aquel oficio, muchos de ellos volvieron su furor contra sí mismos. Algunos, cuando se restituyeron á sus casas, se quejaban de la ingratitud del ayuntamiento, porque no les habia dado más que cuarenta sous por dia, lo que no llegaba á un cuarto (1) por víctima. Otros, atormentados por los remordimientos, no veian delante de sus ojos más que las caras lívidas, los miembros chorreando sangre y las entrañas humeantes de los que habian degollado, cayendo en unos accesos de locura ó en una languidez tan siniestra que los condujeron en pocos dias al sepulcro. Otros, en fin, objeto de terror para sus vecinos y de odio para sus más inmediatos parientes, mudaron de barrios, se alistaron en los batallones de voluntarios, é incansables de crímenes, se unieron á las bandas

(1) Aunque cuarto no es equivalente á sou, es lo más aproximado á dicho valor, comparada la moneda francesa con la nuestra.—(N. del T.)

de asesinos que fueron á continuar en Orleans, en Meaux, en Reims y en Versalles las proscripciones de Paris. De este número fueron Charlot, Grizon, Mamin, el tejedor Rodi, Henriot, el carnicero Allaire y un negro llamado Delorme, traído á Paris por Fournier el Americano. Este negro, infatigable en asesinar, degolló por su mano más de doscientos presos en los tres días y tres noches del degüello, sin tomar más descanso que las cortas orgías en donde iba á restaurar sus fuerzas con el vino. Llevaba la camisa recogida en la cintura, dejando ver el cuerpo desnudo; sus facciones repugnantes, su piel negra enrojecida con las manchas de sangre, sus risotadas salvajes, su boca abierta y sus blancos dientes que se distinguían perfectamente á cada golpe que asestaba, hacían de aquel hombre el símbolo del asesinato y el vengador de su raza. Véíase personificado en aquel negro todo el odio que los de su color tienen á los blancos, y el deseo de acabar con toda sangre que no fuese de la misma procedencia que la suya. Demonio exterminador, vengaba en los europeos los atentados que contra sus hermanos habían cometido en el Africa. Este negro, que se encontraba siempre en todas las convulsiones populares de la revolución con una cabeza cortada en la mano, fué preso dos años después en las jornadas de Prairial, llevando clavada en una pica la cabeza del diputado Feraud, y pereció, en fin, en el suplicio que había prodigado tantas veces. Tan pronto como los cómplices de Setiembre se refugiaron en los ejércitos ó en los batallones de voluntarios, y fueron conocidos por sus camaradas, los batallones los rechazaron de sí con horror. Los soldados no podían vivir al lado de asesinos. La bandera del patriotismo debía estar pura de la sangre de los ciudadanos: el heroísmo y el crimen no quieren estar confundidos.

X

Tales fueron las jornadas de Setiembre. Las sepulturas de Clamart y las catacumbas de la barrera de Santiago conocieron únicamente el número de las víctimas. Unos cuentan diez mil, y otros las reducen á dos ó tres mil; pero el crimen no está en el número, sino en el acto de estos asesinatos. Una teoría bárbara ha pretendido justificarlos. Las teorías que sublevan la conciencia no son sino paradojas del espíritu al servicio de las aberraciones del corazón. Algunos piensan engrandecerse elevándose, en los mal llamados cálculos de hombres de Estado, por encima de los escrúpulos de la moral y del enternecimiento del alma. Con esto se creen superiores al hombre, y se engañan, porque lo único que logran es degradarse á sí mismos y rebajarse de la dignidad de tales. Todo lo que le quite al hombre alguna parte de su sensibilidad, le quita una parte de su verdadera grandeza. Todo el que niega su verdadera conciencia, le quita una parte de su luz. La luz del hombre está en su espíritu, pero sobre todo en su conciencia. Los sistemas engañan: sólo el sentimiento es infalible como la naturaleza. Disputar la criminalidad de las jornadas de Setiembre es sostener una falsedad contra el sentimiento general del género humano, es negar la naturaleza, que no es más que la moral en el instinto. Nada en el hombre es más grande que la humanidad. A los gobiernos, como á los individuos, no les es permitido asesinar; la cantidad de las víctimas no cambia el carácter del asesinato. Si una gota de sangre mancha la mano de un asesino, los torrentes de ella no disculpan á Danton. La grandeza de la mal-

dad no la transforma en virtud. Las pirámides de cadáveres levantan á una gran altura á ciertos hombres, pero aún sube mucho más arriba la execración de los hombres hácia los que las forman.

Es indudable que no deben contarse las vidas que cuesta una causa justa y santa, y los pueblos que marchan por cima de sangre no se ensucian yendo á la conquista de sus derechos, á la justicia y á la libertad del mundo; pero esto se entiende respecto á la sangre vertida en los campos de batalla, y no á la de los vencidos, fría y sistemáticamente asesinados. Las revoluciones, así como los gobiernos, tienen dos medios legítimos de defensa: juzgar según las leyes, y combatir. Cuando degüellan, horrorizan á sus amigos y dan la razón á sus enemigos. La piedad humana se aparta de las causas ensangrentadas. Una revolución que quedase inflexiblemente pura atraería el universo á sus ideas.

Los que presentan el ejemplo de Setiembre como un consejo y los degüellos como elementos de patriotismo, pierden con anticipación la causa de los pueblos haciéndola aborrecible; con tales doctrinas no puede conseguirse otra cosa que tinieblas, precipicios y caídas. El *San Bartolomé* debilitó mucho más al catolicismo que lo hubiera hecho la sangre vertida de un millón de católicos. Las jornadas de Setiembre fueron el *San Bartolomé* de la libertad. Maquiavelo las hubiera aconsejado tal vez, Fenelon las hubiera maldecido. Hay más política en una virtud de Fenelon que en todas las máximas de Maquiavelo. Los grandes hombres de Estado de las revoluciones son algunas veces sus mártires, nunca sus verdugos.